

Mujeres fang y alimentación. El *nkué* y la cocina en la Guinea Ecuatorial del siglo XXI

Gustau NERÍN, Barcelona¹

Resumen:

Las mujeres fang, tradicionalmente, tuvieron la responsabilidad de conseguir la mayor parte de alimentos para sus familias y de preparar las comidas. El discurso colonial español siempre insistió en la necesidad de modificar las relaciones de género en Guinea Ecuatorial. 50 años después del fin de la colonización, y tras profundas modificaciones en la sociedad guineoecuatorial como consecuencia del descubrimiento del petróleo y del crecimiento económico, es necesario analizar el rol de las mujeres guineanas en el cultivo y preparación de alimentos, un tema que los estudios académicos más recientes suelen descuidar.

En este artículo, basado en un prolongado trabajo de campo, se intentarán perfilar la diversidad en las prácticas femeninas relacionadas con el trabajo agrícola y la cocina. Se estudia el reparto del trabajo en las “fincas”, en los hogares y en los puestos de venta de comida y se relaciona con los beneficios obtenidos en estas actividades. El objetivo: poner de manifiesto la pluralidad de perfiles femeninos en Guinea Ecuatorial.

Palabras clave: Mujer, agricultura, cocina, Guinea Ecuatorial

Los estudios sobre Guinea Ecuatorial realizados en pleno período colonial no generaron monografías dedicadas específicamente a la mujer fang. En realidad, los estudios etnográficos clásicos sobre los fang, como las obras de Tessmann (2003), Largeau (1911) o Alexandre y Binet (1958), estaban centradas básicamente en el mundo masculino; porque este era el principal interés de estos autores, pero también porque podían tener problemas para acceder a mujeres informantes (Pérez 2018: 31). No obstante, como se interesaban por los sistemas de producción, en sus trabajos había múltiples referencias al trabajo femenino, tanto en la agricultura como en la cocina.

También encontramos muchas informaciones sobre las mujeres fang en el archivo colonial. El discurso colonialista español muchas veces pretendía presentar la colonización como una tarea de “salvación” de la mujer oprimida por

¹ ORCID ID: 0000-0001-8024-9356.

una sociedad salvaje. Al referirse a la situación de la mujer fang, se ponía énfasis en dos elementos: la poligamia y el gran trabajo realizado en la producción de alimentos (Pérez 2018: 43; Nerín 1998: 155-174). No obstante, la exploradora Mary Kingsley (1992: 45), una de las pocas mujeres que escribieron sobre los fang en los inicios de la colonización de su territorio, puntualizaba que las mujeres fang tenían un papel decisivo en la organización de la economía doméstica.

En los últimos años han proliferado los estudios sobre el papel de la mujer guineana. Pero los análisis sobre las tareas agrícolas y domésticas de las mujeres actuales brillan por su ausencia; lo que conlleva que la aportación femenina en este campo tienda a invisibilizarse. Sólo en el estudio panorámico sobre las mujeres guineanas de Castillo Rodríguez y Valenciano Mané (2020) aparecen referencias a los trabajos agrícolas y domésticos de las mujeres. Se han publicado muchos estudios relativos a las mujeres guineanas: sobre la Sección Femenina franquista (Stehrenberger 2009; Nerín 2007; Cerdeño y Villena 2014), sobre la literatura escrita por mujeres (por ejemplo, García Alvite 2011), sobre el antagonismo entre feminismo y tradición fang (Bituga Nchama 2020), sobre el papel de las mujeres comerciantes (Valenciano Mañé 2020), etc. Pero sorprendentemente, son escasos los estudios sobre los trabajos domésticos y agrícolas de las mujeres. Sólo la tesis de Allebone-Webb (2009) sobre la importancia de los alimentos del bosque en las zonas rurales ofrece una completa visión del rol de la mujer en la producción de alimentos.

A pesar de la falta de atención prestada a este aspecto, en la actualidad buena parte de las tareas de producción de alimentos, y también las relacionadas con su distribución, redistribución y elaboración, continúan formando parte de los trabajos reservados para las mujeres. En este artículo, a través de informaciones obtenidas mediante trabajo de campo y la consulta de la bibliografía disponible, se tratará de analizar cómo han evolucionado estas tareas y cuál es el papel de la mujer en la producción, distribución y elaboración de alimentos en una sociedad que ha sufrido grandes transformaciones. El objetivo final será analizar hasta qué punto hay continuidades o rupturas con la sociedad precolonial y colonial.

El *nkué* que nunca muere: la aportación femenina a la producción de alimentos

Producir alimentos y cocinarlos son dos actividades que hoy en día, en las sociedades urbanas occidentales, e incluso en muchas ciudades africanas, están claramente delimitadas y separadas. En las sociedades rurales fang, desde los albores de la colonización hasta la actualidad, esto no es así. La mujer es la

responsable de garantizar el suministro regular de alimentos en el hogar (reservándose sólo para el hombre la tarea de aportar carne de caza y algunos pescados) y también debe garantizar que haya comida preparada a las horas fijadas. Esto incluso pasa en algunas zonas urbanas donde hay huertos en las cercanías. La mujer debe garantizar el suministro de determinados alimentos (hace todas las tareas agrícolas de subsistencia, excepto el desbosque de los campos, el llamado *chapeo*), y además tiene que realizar otras tareas complementarias para la cocina, como transportar la comida, acarrear leña, traer agua, lavar los platos, etc. En el reparto de la jornada, no hay una diferenciación neta entre horas de cultivo y horas de cocina. Dado los lentos procesos de cocción, la mujer puede dejar comida preparándose mientras realiza tareas de producción agrícola en zonas aledañas al hogar (tradicionalmente, detrás de la cocina siempre hay unos pocos cultivos) (Iyanga 2021: 552). Y cuando va a la “finca”, la parcela donde cultiva alimentos, aprovecha el camino de vuelta para recoger la leña que utilizará para cocinar.

En la sociedad fang tradicional buena parte de las tareas agrícolas correspondían a la mujer. La propaganda colonial puso énfasis en el “abuso” que suponía el hecho de que las mujeres pasaran largas jornadas laborales trabajando en las “fincas” y que tuvieran que asumir el transporte de los productos agrícolas a sus casas. El *nkué*, el gran cesto que suelen cargar las mujeres fang cuando van a cultivar, se convirtió en un símbolo de explotación femenina. Según el propagandista colonial Bravo Carbonell, en Guinea “el hombre es el amo, la mujer, la bestia de carga” (1929: 73). La colonización se presentó como una misión civilizadora destinada a liberar a las mujeres de la “esclavitud” a que se suponía que estaban sometidas (Nerín 1998: 211). En cambio, la propaganda colonial que tan duramente valoraba el trabajo agrícola de las mujeres fang, jamás cuestionó la dedicación de estas a la cocina. Al fin y al cabo, el modelo europeo suponía reducir la mujer a “señora del hogar” (Matilla 1946: 67).

A pesar del triunfalismo de la propaganda colonial, que aseguraba estar acabando con la “esclavitud” femenina, la situación no ha cambiado excesivamente en las zonas rurales fang guineoecuatorianas, donde se mantiene una producción en que se prioriza la autosubsistencia del grupo familiar (en algunos poblados alrededor del 70% de las calorías consumidas se producen en los propios hogares) (Allebone-Webb 2009: 81). Allí, como antaño, el trabajo femenino es decisivo en la producción de alimentos; la mayor parte de las calorías consumidas en el hogar son generadas por el trabajo femenino. A mayor porcentaje de mujeres adultas, en un hogar rural, mayor garantía de buena alimentación (Allebone-Webb 2009: 68). En las zonas rurales, los hombres se dedican

en menor medida a la agricultura de subsistencia. Los huertos suelen considerarse un espacio femenino, como la cocina (Picornell 2008: 58). Por lo general, sólo algunos hombres mayores de 60 años, que viven en domicilios donde no hay mujeres, se dedican a la agricultura de autosubsistencia (Allebone-Webb 2009: 101).

Las mujeres deben someterse a largas jornadas laborales para completar sus tareas de búsqueda de alimentos y combustible, y todavía deben asumir el trabajo doméstico de cocina, cuidado de la casa, de los niños... Y a pesar de que la aportación femenina es decisiva para garantizar el suministro de calorías de la unidad familiar, el trabajo femenino está subvalorado. En realidad, mientras que las tareas agrícolas tienen escasa visibilidad, la caza, una actividad típicamente masculina, aporta gran prestigio (un prestigio asociado a la virilidad). Los fang tienen una clara preferencia cultural por la carne de caza, y los cazadores adquieren gran fama. Por el contrario, las tareas tradicionalmente femeninas suelen ser más previsibles, y aunque aportan un volumen muy significativo de las calorías consumidas en el núcleo familiar, no tienen asociada la misma valoración positiva.

En las zonas rurales, las mujeres necesitan poco dinero en efectivo, pues consiguen alimento de sus “fincas” y leña de los bosques aledaños y tienen un elevado nivel de autonomía en la gestión de sus trabajos. En este sentido, pueden tener mayor grado de autosuficiencia que las mujeres de zonas urbanas, donde aquellas que no están asalariadas con frecuencia dependen de las aportaciones en metálico de sus parejas para garantizar la comida día a día (y no sólo la comida, también necesitan, por ejemplo, adquirir el combustible).

Vivir en el siglo XXI y cocinar como siempre

La cocina, entre los fang, fue tradicionalmente una tarea femenina. En las cocinas tradicionales (donde dormían habitualmente las mujeres y los niños) a cada mujer, al llegar a la edad adulta, se le otorgaba un espacio para hacer su fuego y cocinar (Picornell 2008: 75). Los hombres jamás cocinaban (la cocina era considerado un espacio de sociabilidad femenino, por oposición a la “casa de la palabra”, el espacio masculino). Pasaban de ser alimentados por sus madres y tías a recibir alimentos cocinados de sus esposas. Los hombres solteros solían permanecer en casa de sus hermanos, donde sus cuñadas preparaban la comida. En caso de que un hombre se viera obligado a vivir un tiempo sin su esposa, solía pedir a alguna mujer de su familia que acudiera a su casa para preparar su comida.

En la actualidad, como antaño (Pérez 2018: 43), todavía hay muchos hombres que desconocen completamente las labores culinarias y que son incapaces de prepararse un huevo frito. Si no tienen esposa, o si esta está ausente, son atendidos por sus familiares o por sus amantes. Incluso la compra de los víveres es una tarea tradicionalmente femenina, y las vendedoras del mercado llegan a burlarse de los hombres que acuden solos a comprar alimentos (en cambio, es más habitual encontrar hombres comprando en los supermercados, un espacio más elitista, en el que se compran los productos importados, que tradicionalmente eran comprados y vendidos por hombres).

En Guinea Ecuatorial, los problemas en el suministro de agua y energía implican que el trabajo doméstico requiera muchas horas de dedicación. Y la incorporación de muchas mujeres residentes en ciudades a trabajos asalariados no ha alterado sustancialmente el reparto del trabajo doméstico entre hombres y mujeres.

En las familias encabezadas por un marido y una mujer que tienen trabajos asalariados, no suele haber una división del trabajo doméstico entre la pareja. La esposa generalmente se responsabiliza del control de la cocina, y puede recurrir a la ayuda de otras mujeres para los trabajos más duros. En ocasiones, contrata a criadas. En otros casos, la mujer que gestiona los trabajos domésticos del hogar recurre al trabajo gratuito de parientes procedentes de zonas rurales, en su mayoría chicas jóvenes (Fons 1995). Aunque son acogidas como miembros de la familia y su trabajo es considerado simple “ayuda” (frecuentemente a cambio de alojamiento o escolarización), en ocasiones son sometidas a duras jornadas laborales.

El hecho de que el trabajo doméstico quede en manos de las mujeres, de los parientes pobres o de criadas, ha repercutido en una escasa introducción de electrodomésticos en las cocinas. Quienes cocinan en la mayoría de las ocasiones no son quienes manejan el dinero del hogar, por lo que las innovaciones tecnológicas que facilitan el trabajo doméstico llegan con cuentagotas (Nerín 2008: 65). En algunas casas en que hay aparatosos coches e inmensas televisiones, se cocina con el llamado “infiernillo”, un diabólico aparato de petróleo que no permite calentar diversos recipientes a la vez, que tarda muchísimo y que, además, es muy lento y difícil de limpiar. Es frecuente que algunas casas de un cierto lujo mantengan, como en la estructura tradicional de los pueblos fang, la cocina separada del edificio principal. Sintomáticamente, mientras la casa principal, donde están los espacios masculinos y los espacios compartidos, suele estar construida con materiales de construcción modernos (cemento o ladrillo),

la cocina, el espacio femenino por excelencia, se erige con los frágiles “materiales de país” (generalmente madera) y no incorpora ninguna comodidad moderna.

Aunque las chicas jóvenes de las zonas urbanas suelen aspirar a un hogar en el que el trabajo doméstico esté más compartido, muchas de ellas consideran todavía que la preparación de los alimentos es una responsabilidad básicamente femenina. Las ollas y los instrumentos que se usan en la cocina se suelen considerar una propiedad de la mujer, más que un bien del hogar (he visto en una separación cómo la mujer que marchaba del hogar conyugal se llevaba “sus” ollas). Incluso en algún caso, hay mujeres que perciben como una intromisión que los hombres cocinen y que se hagan cargo de la cocina, un espacio tradicionalmente femenino. “Esto no está bien”, comentaban enérgicamente algunas mujeres fang cuando contaba que yo, que vivía solo, me preparaba las comidas; “búscate una chica o contrata una criada”, me reprendían severamente. Para algunas mujeres fang, el hecho de que muchos hombres no sepan desenvolverse en la cocina ni en otras tareas domésticas constituye una garantía de que en el futuro seguirán requiriendo los servicios femeninos y en consecuencia que se verán obligados a distribuir con las mujeres el capital en efectivo que ellos consiguen y que para ellas es mucho más difícil de obtener.

El reparto de los alimentos

Los hombres fang de antaño comían conjuntamente y compartían sus alimentos en la “casa de la palabra” (*abaá*). Estos alimentos habían sido preparados en las cocinas de las mujeres, pero las mujeres se limitaban a llevar los alimentos cocinados al *abaá*, donde eran recogidos por sus maridos. Ellas no podían, hasta la menopausia, quedarse en este espacio masculino (Pérez 2017: 102).

Pero no es sólo que hombres y mujeres comieran en espacios separados. También comían cosas distintas y cantidades distintas. Se creía evidente que se debía priorizar la alimentación de los hombres adultos, por delante de mujeres y niños, argumentando que de ellos dependía el sustento del hogar (aunque, como hemos visto, con frecuencia las aportaciones femeninas eran más significativas para la alimentación de la situación doméstica). La situación no ha cambiado tanto. Hasta hoy es infrecuente que la familia coma junta en la mesa. Habitualmente, cuando se cocina se separa un plato con abundante comida para cada hombre adulto de la unidad familiar. A los niños se les sirve conjun-

tamente en una bandeja o un plato grande, y normalmente su ración sólo contiene pequeños trozos de carne o de pescado. Las mujeres suelen comer en la cocina lo que queda en la olla.

Hasta hoy hay determinados alimentos, poco valorados, como las hojas de yuca, que habitualmente no consumen los hombres (Pérez 2017: 103). Tampoco la fruta es considerada un alimento viril, y se reservan las papayas, las piñas y los mangos para los niños (también se considera de niños consumir dulces). En cambio, se asocia la virilidad con el comer carne, por lo que se considera que el hombre debe comer carne con mayor frecuencia y que sus raciones deben ser mayores que las de las mujeres. Los fang consideran que la dieta ideal es aquella en que abunda la carne (y especialmente la de caza); en realidad, la disponibilidad de carne, en zonas rurales y para la mayor parte de los habitantes urbanos, suele estar muy por debajo de los deseos de la población. Y quienes más se ven perjudicadas por la escasez de carne son las mujeres, porque el mayor problema de la alimentación en Guinea es la falta de proteínas animales, especialmente en las zonas rurales donde llega poco la carne o el pescado congelados de importación.

La “carne de bosque” (de caza) es la principal fuente de proteínas en algunos poblados, todavía en la actualidad (Allebone-Webb 2009: 78). Algunas carnes son reservadas sólo para los hombres adultos debido a arraigados tabúes; es el caso de la serpiente, la tortuga de tierra, el varano, el gato o la gineta.

Por otra parte, se suele reservar el consumo de las vísceras, la parte más apreciada del animal, a los hombres. Se puede producir un escándalo si se sirve una gallina o un pollo en un convite sin la molleja, que es considerada una gran *delikatess*, que debe servirse al cabeza de familia o al invitado principal (por lo general, un hombre). Pero también se suelen reservar para los hombres, cuando se cocinan platos de caza, los intestinos, el hígado o el cerebro, que gozan de gran prestigio en la cocina guineana (de la misma forma que se suele reservar la cabeza de un animal pequeño o de un pescado para los hombres).

Las mujeres embarazadas o que estaban lactando todavía tenían más restringido el consumo de carne (Pérez, 2017: 105). Se decía que no deberían comer pangolín, porque el feto podría “coger la costumbre” del pangolín, enrollarse en el vientre materno y negarse a salir. Se les prohibía el consumo de camaleón, para que el bebé no se moviera lentamente, como este reptil (Pérez 2017: 105). Con distintos argumentos se les indicaba que tampoco podían tomar manitas de cerdo, ni consumir caracoles, ni comer antilope... Buena parte de estas creencias siguen vigentes. En consecuencia, las mujeres podían tener un consumo de proteínas netamente inferior al de los hombres, especialmente

durante sus largos períodos de embarazo y lactancia, cuando más necesitaban una buena alimentación.

A principios de siglo XX, los hombres cocinaban en la casa de la palabra las carnes prohibidas a las mujeres. Pero posteriormente esta práctica cayó en desuso, y desde hace décadas, casi todas las carnes prohibidas a los mujeres son cocinadas por mujeres (a excepción del gato, que todavía lo preparan los comensales). Lo que no está claro es hasta qué punto las mujeres que se dedicaban a la elaboración de las carnes que para ellas estaban prohibidas respetaban las prohibiciones impuestas (Cusack 2003: 220). Algunas mujeres mayores, al ser entrevistadas, afirmaban con indignación que nunca habían comido las carnes que eran tabú para ellas. Pero alguna, con absoluto descaro, me llegó a preguntar, burlona: “¿Tú crees que yo iba a cocinar una carne para los otros y ni siquiera probarla?”.

En los poblados fang guineanos suele haber un número muy reducido de animales domésticos: pollos, cabras y, en alguna ocasión, cerdos. Estos animales no suelen consumirse dentro de la unidad doméstica, sino que se suelen reservar para cuando hay fiestas o vienen invitados. Son las visitas (en su mayoría masculinas) quienes consumen buena parte de la carne de estos animales, reservando sólo los restos para los niños y las mujeres.

A pesar de los cambios sociales, las costumbres relativas al consumo de alimentos no han desaparecido. Se sigue creyendo que el hombre es quien debe comer las mayores raciones y las técnicas de reparto de la comida en muchos hogares no han cambiado. Es frecuente, incluso, que a los hombres polígamos se les reserve un plato de comida en casa de todas sus esposas, de tal forma que, aunque las raciones para los niños y las mujeres sean muy cortas, el plato del marido, bien repleto, quede sin comerse si este no pasa aquel día por la casa de una de sus esposas.

Aunque algunos tabúes femeninos se han relajado, hay muchas mujeres que todavía no consumen algunas carnes. Y las mujeres embarazadas o que amamantan se ven muy presionadas para no consumir determinados productos.

Mujeres y niños, ante el bajo consumo de carne, acaban dependiendo básicamente de las proteínas vegetales, por ejemplo, del cacahuete, que es consumido en grandes cantidades por los fang. El doctor Ramon Sales, que residió durante años en los distritos del interior de la Región Continental, asegura que en los poblados hay una especie de “batalla por la proteína”, y que, por lo general, la ganan los hombres (comunicación personal, 30 de abril de 2021).

Además, en temporadas de poca disponibilidad de alimentos, algunas mujeres reducen sus raciones, compartiéndolas con sus hijos, para mejorar la dieta

de estos (Allebone-Webb 2009: 134). Es un comportamiento que se puede esperar de una “buena madre”, pero que no se exige a un “buen padre”.

Las mujeres y el dinero de los alimentos

Durante el período colonial las mujeres adquirieron también un importante papel en la distribución de los alimentos. La venta de alimentos “en crudo” (vegetales, pescados y algunas carnes) estuvo siempre controlado por mujeres. En los mercados o en los barrios el negocio de venta al menor iba a cargo de las *buyandsellam* como se las llamaba habitualmente, usando el *pidgin english*. Por aquel entonces, las vendedoras eran de origen nigeriano, hoy también son mujeres, pero predominan las guineanas.

En la actualidad los pequeños puestos de alimentos situados frente al domicilio, donde se pueden comprar algunas verduras o arroz dosificado en vasos, son controlados por las mujeres. Con frecuencia, los puestos callejeros les sirven, básicamente, para gestionar y administrar en el tiempo los ingresos en metálico destinados al hogar, más que para generar nuevos recursos (Valenciano Mañé 2019).

También son las mujeres las que gestionan los puestos de los mercados. En ellos se instalan algunas vendedoras dedicadas en exclusiva al comercio, o también campesinas que llegan de las zonas rurales para vender sus producciones en el mercado. Suelen permanecer allí durante días, durmiendo en el propio puesto hasta que completan la venta de sus productos agrícolas. De una forma u otra, son ellas las que gestionan el negocio y las que se lucran con sus beneficios.

Las mujeres rurales, por lo general, cultivan en sus “fincas” alimentos baratos, destinados prioritariamente a alimentar a la familia, mientras que los hombres suelen centrarse en productos de mayor valor destinados al mercado. De esta forma, aunque los miembros de los hogares rurales suelen nutrirse gracias al trabajo femenino, es raro que las mujeres se enriquezcan con sus cultivos; por más que trabajen, sus ingresos suelen situarse por debajo de los obtenidos en los trabajos asalariados (Allebone-Webb 2009: 120 y 180). Sólo en unos pocos pueblos situados en zonas de mucha dinámica comercial, las mujeres pueden obtener mayores beneficios económicos que los hombres, con sus actividades agrícolas (Allebone-Webb 2009: 140).

Algunas mujeres rurales combinan la producción para la autosubsistencia con fincas separadas en que, colectivamente, producen yuca para su venta en zonas urbanas, ya transformada en “bastones” de yuca fermentada, uno de los acompañamientos más frecuentes para las comidas en el país (Picornell 2008:

56, nota 18). Y cada vez son más, en Guinea, las explotaciones orientadas básicamente hacia una producción comercial, cuyo principal fin no es la autosubsistencia sino la obtención de dinero por la venta de productos como piña, cacahuete, tubérculos, etc. Estas fincas, en su mayoría, son controladas por mujeres, y son ellas las que gestionan qué se cultiva y cómo (incluso la “Primera Dama”, la primera mujer del presidente Obiang, presume de sus fincas de producción de alimentos). Son estas mujeres también las que reciben directamente sus beneficios. Aunque parte de los trabajos los hacen las titulares de las fincas en sus tiempos libres, es frecuente que contraten a trabajadores (frecuentemente hombres) para que se encarguen de las labores más duras de la finca. Estas explotaciones representan unos ingresos suplementarios que generalmente gestionan directamente las mujeres. Esto representa un cambio sustancial en el papel de la mujer en la producción de alimentos porque empieza a haber un número importante de hombres dedicados al cultivo de las fincas administradas por mujeres. Ahora bien, generalmente estas fincas comerciales están en manos de mujeres urbanas con buen nivel de ingresos, que son las únicas que pueden asumir la logística de contratar trabajadores, desplazarse al campo para controlar los trabajos, organizar el transporte de los productos y su venta en la ciudad, etc.

Cocinar para el público: un nuevo espacio femenino

En las zonas urbanas, en las últimas décadas han proliferado los sitios donde se sirve comida cocinada: desde puestos callejeros abiertos durante el día o en horario nocturno, hasta bares y restaurantes, lujosos o más discretos. A excepción de los restaurantes más caros, o de los puestos gestionados por inmigrantes de África Occidental, estos establecimientos suelen ser gestionados por mujeres (Cusack 2003: 222). Algunos de ellos han sido creados gracias a una inversión masculina (de marido, pareja o parientes); “poner un bar”, para un hombre, es una forma de tratar de garantizar que una mujer tenga los medios de subsistencia y evitar pagos regulares. Pero se suele dejar el control absoluto de la inversión a la mujer. La responsabilidad de suministrar comida cocinada a la población sigue siendo básicamente femenina, también en el espacio público.

Los puestos callejeros gestionados por mujeres son ampliamente utilizados por hombres, mujeres y niños. En cambio, los bares y restaurantes son espacios básicamente masculinos. Aunque son frecuentados por algunas parejas y familias jóvenes, mayoritariamente quienes acuden a ellos son hombres con sus amigos o con sus amantes o conquistas. Así pues, quienes consumen

alimentos suplementarios en los bares son básicamente hombres. Y las comidas preferidas son platos de carne o pescado, ricos en proteínas. De esta forma, la desigualdad en el consumo de proteínas en la unidad familiar se agudiza, pues los hombres consumen un plus de proteínas animales fuera de casa.

Los bares y los restaurantes, pues, son espacios que permiten empoderar a sus propietarias o gestoras. Cuando la actividad tradicional de elaboración de comidas pasa del ámbito doméstico al ámbito público garantiza a algunas mujeres un cierto acceso a la economía monetarizada. A pesar de todo, estos establecimientos siguen condicionados por el dominio masculino en el conjunto de la estructura social.

Sexo y comida

La ofrenda de alimentos cocinados de una mujer a un hombre está estrechamente asociada a la sexualidad. Se considera que la esposa debe cocinar a su marido, como parte de sus obligaciones conyugales. En las relaciones poligámicas tradicionales las esposas hacían turnos de algunos días para atender al marido. Durante cada turno, la mujer debe servir comida al esposo y ambos cónyuges debían consumir relaciones sexuales. El hecho de que una mujer no sirviera comida al marido, o que uno de los miembros de la pareja rechazara las relaciones sexuales, podía dar paso a un conflicto familiar.

Pero alimentación y sexualidad no sólo están asociados en el matrimonio. En Guinea Ecuatorial, cuando un hombre mantiene una relación extramatrimonial de una cierta estabilidad, es frecuente que tras pasar una noche con su amante le ofrezca dinero. Espera que la mujer vaya al mercado, compre comida, la prepare y se la sirva por la tarde. Incluso es frecuente que un hombre organice un convite para sus amigos en casa de alguna de sus amantes; es una manera de formalizar la relación. De esta forma, cuando un hombre no come los platos que le prepara su esposa es automáticamente sospechoso de infidelidad. Algunos hombres que he conocido preferían comer dos veces seguidas, en casa de su amante y después en casa de su mujer, a no probar la comida de su esposa. Aunque no tuvieran apetito, no lo reconocían, para evitar suspicacias.

El suministrar alimentos a alguien, en una sociedad como la guineana donde están muy implantadas las creencias mágicas, es también una herramienta de poder. Es frecuente que se atribuya el enamoramiento de un hombre a que ha consumido un *tobo sí* (“siéntate” o “quédate aquí”, en lengua fang), un filtro de amor ofrecido por alguna mujer. Se dice que algunos de estos preparados contienen sangre menstrual o pelos púbicos de la mujer que desea “atar” al hombre. También corre el rumor que hay una poción especialmente potente

creada con corazón de perro, y que a través de ella el hombre irá detrás de la mujer como un perro. Es habitual que se atribuya la fidelidad continuada de un hombre a su esposa al uso por parte de esta de remedios mágicos, de la misma forma que se atribuyen las repetidas infidelidades de un hombre al empleo por parte de su amante de algún *tobo si*.

Es probable que estas pócimas se suministren con cierta frecuencia. Pero más allá de la realidad de su uso o de su eficacia, lo cierto es que muchos hombres temen el poder que tienen sus esposas y amantes a través de la comida que les proporcionan. No obstante, también es cierto que las esposas y amantes también tienen un gran temor a la comida que le pueden suministrar sus rivales a su pareja sexual. El comer en casa de amantes es percibido con frecuencia como una práctica tan peligrosa y negativa como la propia infidelidad.

Conclusión

A pesar de todos los discursos coloniales sobre la necesidad de cambiar la organización productiva de las sociedades “tradicionales” africanas, entre los fang guineanos la producción de alimentos continúa siendo una especialidad básicamente femenina. Son las mujeres las que garantizan la mayor producción de víveres, aunque su especialización en los cultivos de subsistencia no se ve compensada con ingresos equiparables a los de los hombres.

Pese al protagonismo femenino en la producción de los alimentos, siendo las que aportan la mayor proporción de calorías, se ven perjudicadas a la hora del reparto de vituallas, especialmente en la distribución de las proteínas animales, escasas sobre todo en las zonas rurales en determinadas épocas del año.

Las mujeres también dominan la venta de productos alimenticios frescos “en crudo”. No obstante, pese a su dedicación a este sector, sus ingresos son bajos. Las únicas que, en la actualidad, logran niveles de ingresos significativos son mujeres de clase media-alta con trabajos asalariados que organizan fincas de alimentos para incrementar su capital y que distribuyen sus mercancías ellas mismas. Estas mujeres, que consiguen a veces una fuerte autonomía económica mediante la contratación de hombres como trabajadores agrícolas, evidencian que están apareciendo perfiles femeninos distintos de los tradicionales. Al analizar la situación de la mujer en Guinea se debe tener en cuenta esta pluralidad de realidades.

El suministro de comida cocinada, a través de puestos, bares y restaurantes, también permite que algunas mujeres hayan conseguido una cierta auto-

mía económica, sea como propietarias o como administradoras de los establecimientos. Pero a pesar de gestionados por mujeres, los bares continúan siendo básicamente espacios masculinos.

A nivel doméstico, continúan siendo las mujeres las que se responsabilizan de la preparación de alimentos, sea como madres, como criadas o como parientes pobres. De hecho, el suministro de alimentos es percibido como una herramienta de control de las mujeres sobre los hombres, a través de las creencias sobre las posibles propiedades mágicas de la comida.

A pesar de los vertiginosos cambios de la sociedad guineana en las últimas décadas, en el campo de la producción, distribución y consumo de alimentos, se perciben más fácilmente las continuidades que las rupturas. Al fin y al cabo, todavía muchas mujeres guineanas cargan el *nkué*.

Bibliografía:

- Alexandre, Pierre/Binet, Jacques, 1958. *Le groupe dit Pabouin (Fang – Boulou – Beti)*. París: Presse Universitaires de France.
- Allebone-Webb, Sophie M., 2009. *Evaluating dependence on wildlife products in rural Equatorial Guinea*. Tesis doctoral no publicada. Imperial College of London.
- Bituga-Nchama, Pedro, 2020. “La conflictividad de la ideología feminista en la cultura fang: una aproximación al estudio del patriarcado en Guinea Ecuatorial”, en: *Cátedra*, 3(1)/2020, 15-27.
- Castillo Rodríguez, Susana/Valenciano Mañé, Alba, 2020. “Women in Equatorial Guinea”, en: *Women’s History Online*, <https://doi.org/10.1093/acrefore/9780190277734.013.657> [01.06.2021].
- Cusack, Igor, 2003. “Pots, pens and ‘eating out the body’: cuisine and the gendering of African nations”, en: *Nations and Nationalism*, 9(2)/2003, 277-296.
- Fons, Virginia, 1995. “Aspectos de marginación social en la ancianidad. El caso de los ndowé de Guinea Ecuatorial”, en: *Revista multidisciplinar de gerontología*, 5(2)/1995, 102-109.
- García-Alvite, Dolinda, 2011. “Womanism and Social Change in Trinidad Morgades Besari’s Antígona from Equatorial Guinea”, en: *Cincinnati Romance Review*, 30/2011, 117-129.
- González-Ruibal, Alfredo/Picornell Gelabert, Llorenç/Sánchez-Elipe, Manuel, 2016. “Colonial Encounters in Spanish Equatorial Africa (Eigh-

- teenth–Twentieth Centuries)”, en: Montón Subías, Sandra /Cruz Berrocal, María/ Ruiz Martínez, Apen (eds.), 2016. *Archaeologies of Early Modern Spanish Colonialism*. Cham: Springer, 175-202.
- Iyanga Pendi, Augusto, 2021. *Historia de Guinea Ecuatorial*. València: Nau Llibres.
- Kingsley, Mary, 1992. *Une Odyssée Africaine*. París: Phébus.
- Largeau, Victor, 1911. *Encyclopédie Pabouine*. París: E. Leroux.
- Matilla, Vicente, 1946. *Estampas tropicales. Impresiones de un viaje a la Guinea Española*. Madrid: Dirección General de Marruecos y Colonias.
- Nerín, Gustau, 2008. *L'antropòleg a l'olla*. Barcelona: La Campana.
- Nerín, Gustau (ed.), 2007. *La Sección Femenina de Falange en la Guinea Española (1964-1969)*. Vic: Ceiba.
- Nerín, Gustau, 1998. *Guinea Ecuatorial, història en blanc i negre: dones negres i homes blancs a la Guinea Ecuatorial*. Barcelona: Empúries.
- Pérez Armiño, Luis, 2018. “Y el sujeto se hizo verbo (aunque siempre fue objeto). La mujer fang en Guinea Ecuatorial y el impacto colonial”, en: *Anales del Museo Nacional de Antropología* 20/2018, 30-59.
- Pérez Armiño, Luis, 2017. “Del bosque fang a la olla caníbal. Alimentación y justificación ideológica de la dominación colonial en la Guinea española”, en: *Anales del Museo Nacional de Antropología* 19/2017, 95-116.
- Picornell Gelabert, Llorenç, 2008. *Què es crema i què no es crema. Etnologia del combustible entre els fang de Guinea Ecuatorial*. Trabajo de D.E.A., Departament de Prehistòria, Història Antiga i Arqueologia, Universitat de Barcelona.
- Stehrenberger, Cécile Stephanie, 2009. “Folklore, Nation, and Gender in a Colonial Encounter: Coros y Danzas of the Sección Femenina of the Falange in Equatorial Guinea”, en: *Afro-Hispanic Review*, 28(2)/2009, 231-244.
- Stucki, Andreas, 2016. “¿Españolizar desde la raíz? La formación de una élite femenina de cooperación en el pequeño imperio español, c. 1960-1975”, en: *Journal of Spanish Cultural Studies* 17(4)/2016, 343-360.
- Tessmann, Günter, 2003 [1913]. *Los pamues (los fang). Monografía etnológica de una rama de las tribus negras del África occidental*. Alcalá de Henares: Universidad de Alcalá.
- Valenciano Mañé, Alba, 2020. “‘Hacer negocio’. Mujeres, crisis y economía en el mercado de SEMU, Malabo”, en: Álvarez Chillida, G./Aranzadi, J. (eds.), 2020. *Guinea Ecuatorial (des)conocida: Lo que sabemos, ignoramos, inventamos y deformamos acerca de su pasado y su presente*. Madrid: UNED, 413-436.
- Valenciano Mañé, Alba, 2019. “When The Big Ones Abandon the Marketplace: Morals and Politics of Price in Equatorial Guinea”, en: Luetchford, P./

Orlando, G. (eds.), 2019. *The Politics and Ethics of Just Price. Research on Economic Anthropology*, 39/2019, 49-70.

Villena, Amalia Morales/Cerdeño, Soledad Vieitez, 2014. “La Sección Femenina en la «llamada de África»: Saharauis y guineanas en el declive del colonialismo español”, en: *Vegueta: Anuario de la Facultad de Geografía e Historia*, 2014, 117-133.